



Franz Kafka

Ser Infeliz



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

SER INFELIZ

FRANZ KAFKA

**PUBLICADO: 1911
FUENTE: DE.WIKISOURCE.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA
EDICIÓN ORIGINAL: ERNST ROWHLUT**

SER INFELIZ

Cuando ya se había vuelto insoportable —una vez, hacia el atardecer de un noviembre— y yo corría por la estrecha alfombra de mi habitación como en una pista de carreras, asustado por la visión del callejón iluminado, daba media vuelta, y en la profundidad de la habitación, en el fondo del espejo, encontraba de nuevo un nuevo objetivo, y gritaba, solo para oír el grito, al que nada responde y al que nada le quita la fuerza de gritar, que así se eleva, sin contrapeso, y no puede cesar, ni siquiera cuando enmudece, entonces se abrió la puerta desde la pared, con tal premura, porque la prisa era necesaria, e incluso los caballos de los coches, abajo en el empedrado, se encabritaban como caballos enloquecidos en la batalla, con las gargantas al descubierto.

Como un pequeño fantasma, un niño salió del pasillo completamente oscuro, donde la lámpara aún no ardía, y se detuvo de puntillas sobre una viga del suelo que se balanceaba imperceptiblemente. Cegado al instante por la penumbra de la habitación, quiso esconder rápidamente el rostro entre las manos, pero se calmó de improviso al mirar hacia la ventana, ante cuya cruz la neblina ascendente del alumbrado público permanecía finalmente bajo la oscuridad. Con el codo derecho se mantenía erguido contra la pared de la habitación, junto a la puerta abierta, y dejaba que la corriente de aire de fuera le rozara los tobillos, y también el cuello, y las sienes.

Lo miré un instante, luego dije: «Buenos días», y tomé mi chaqueta del biombo de la estufa, porque no quería estar medio desnudo. Durante un rato mantuve la boca abierta para que la agitación me abandonara a través de ella. Tenía una saliva de mal sabor, me temblaban las pestañas en la cara; en

resumen, no me faltaba nada, salvo precisamente esta visita, aunque esperada.

El niño seguía junto a la pared, en el mismo sitio; había apoyado la mano derecha en el muro y, con las mejillas sonrojadas, no se cansaba de sentir cómo la pared encalada, de grano grueso, le rozaba las yemas de los dedos. Dije:

—¿De verdad quiere venir a verme? ¿No es un error? Nada más fácil que un error en esta casa tan grande. Me llamo Tal y Cual, vivo en el tercer piso. ¿Soy yo, pues, a quien quiere visitar?

—¡Silencio, silencio! —dijo el niño por encima del hombro—. Todo está en orden.

—Entonces, entre en la habitación, quisiera cerrar la puerta.

—Acabo de cerrar la puerta. No se moleste. Y, en general, cálmese.

—No hable de molestia. Pero en este pasillo vive mucha gente, todos son, naturalmente, conocidos míos; la mayoría vuelve ahora de sus trabajos; si oyen hablar en una habitación, simplemente creen tener derecho a abrir y ver qué pasa. Es así. Esa gente ya ha terminado su jornada de trabajo; ¿ante quién iban a doblegarse en la provisional libertad de la tarde? Por lo demás, usted también lo sabe. Déjeme cerrar la puerta.

—Pero ¿qué pasa? ¿Qué le ocurre? Por mí puede entrar toda la casa. Y, una vez más: ya he cerrado la puerta, ¿cree usted que solo usted puede cerrar la puerta? Incluso he cerrado con llave.

—Entonces está bien. No quiero más. No tenía por qué haber cerrado con llave. Y ahora, póngase cómodo, ya que está aquí. Es mi invitado. Confíe plenamente en mí. Póngase a sus anchas sin miedo. No le obligaré a quedarse ni a marcharse. ¿Es necesario que lo diga? ¿Tan mal me conoce?

—No. Realmente no tendría que haberlo dicho. Es más, no debería haberlo dicho en absoluto. Soy un niño; ¿por qué tantas ceremonias conmigo?

—No es para tanto. Claro, un niño. Pero no es usted tan pequeño. Ya es usted todo un adulto. Si fuera una niña, no podría encerrarse así como así conmigo en una habitación.

—No debemos preocuparnos por eso. Solo quería decir: el que yo lo conozca tan bien no me protege mucho, simplemente le ahorra a usted el esfuerzo de mentirme. A pesar de ello, me hace cumplidos. Déjelo, se lo exijo, déjelo. Además, no lo conozco en todas partes y a todas horas, y menos en esta oscuridad. Sería mucho mejor que hiciera encender la luz. No, mejor no. En cualquier caso, recordaré que ya me ha amenazado.

—¿Cómo? ¿Que yo le he amenazado? ¡Por favor! Estoy tan contento de que por fin esté aquí. Digo «por fin» porque ya es muy tarde. Me resulta incomprendible por qué ha venido tan tarde. Es posible que, en mi alegría, haya hablado de forma confusa y que usted lo haya entendido así. Admito diez veces que he hablado de ese modo, sí, le he amenazado con todo lo que usted quiera. ¡Pero no discutamos, por el amor de Dios! ¿Pero cómo ha podido creerlo? ¿Cómo ha podido ofenderme así? ¿Por qué quiere a toda costa estropearme este ratito de su presencia? Un extraño sería más complaciente que usted.

—Eso creo; no ha dicho ninguna genialidad. Por naturaleza, ya estoy tan cerca de usted como pueda estarlo un extraño. Usted también lo sabe, ¿a qué viene entonces la melancolía? Diga que quiere hacer comedia y me iré al instante.

—¿Ah, sí? ¿También se atreve a decirme eso? Es usted un poco osado. Al fin y al cabo, está en mi habitación. Frota sus dedos como un loco en mi pared. ¡Mi habitación, mi pared! Y además, lo que dice es ridículo, no solo insolente. Dice usted que su naturaleza le obliga a hablarme de este modo. ¿De verdad? ¿Le obliga su naturaleza? Qué amable por parte de su naturaleza. Su naturaleza es la mía, y si yo, por naturaleza, me comporto amistosamente con usted, usted no puede hacer otra cosa.

—¿Eso es ser amistoso?

—Hablo de antes.

—¿Sabe usted cómo seré después?

—No sé nada.

Y fui a la mesita de noche, sobre la que encendí la vela. En aquella época no tenía ni gas ni luz eléctrica en mi habitación. Luego estuve sentado un rato a la mesa, hasta que también me cansé de eso, me puse el abrigo, cogí

el sombrero del canapé y apagué la vela. Al salir, tropecé con la pata de una silla.

En la escalera me encontré a un inquilino del mismo piso.

—¿Ya se va otra vez, bribón? —preguntó, descansando sobre sus piernas, que abarcaban dos escalones.

—¿Qué le voy a hacer? —dije—. Acabo de tener un fantasma en la habitación.

—Lo dice con la misma insatisfacción que si hubiera encontrado un pelo en la sopa.

—Está usted bromeando. Pero recuerde, un fantasma es un fantasma.

—Muy cierto. Pero ¿y si uno no cree en absoluto en fantasmas?

—Pero ¿acaso cree usted que yo creo en fantasmas? ¿De qué me sirve no creer?

—Muy sencillo. Simplemente, ya no tiene que tener miedo si un fantasma viene de verdad a verle.

—Sí, pero ese es el miedo secundario. El miedo verdadero es el miedo a la causa de la aparición. Y ese miedo permanece. Ese lo tengo magníficamente dentro de mí. —Por el nerviosismo, empecé a registrarme todos los bolsillos.

—Pero como usted no tuvo miedo de la aparición en sí, ¿podría haberle preguntado tranquilamente por su causa!

—Evidentemente, usted nunca ha hablado con fantasmas. De ellos nunca se puede obtener una información clara. Es un constante ir y venir. Estos fantasmas parecen dudar de su propia existencia más que nosotros, lo que, por cierto, no es de extrañar dada su fragilidad.

—Pero he oído que se les puede alimentar para que engorden.

—Está usted bien informado. Se puede. ¿Pero quién va a hacerlo?

—¿Por qué no? Si es un fantasma femenino, por ejemplo —dijo, y se aupó al escalón superior.

—Ah, claro —dije—, pero ni siquiera entonces merece la pena.

Reflexioné. Mi conocido ya estaba tan arriba que, para verme, tenía que inclinarse bajo una bóveda de la escalera.

— ¡Pero aun así! — grité—. Si ahí arriba me quita a mi fantasma, se acabó lo nuestro, para siempre.

— Pero si solo era una broma — dijo, y retiró la cabeza.

— Entonces está bien — dije, y ahora podría haberme ido a pasear tranquilamente. Pero como me sentía tan solo, preferí subir y me acosté a dormir.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB